

de *Gramby*, y este animal de *Stiggins* viniese á hacer tostadas en mi casa, yo...

—¿Qué harías? — interrumpió *Mr. Weller* con mucha ansiedad.

—Le envenenaría el ponche.

—¡Bah! — exclamó *Mr. Weller*, dando á su hijo un fuerte apretón de manos; — ¿harías eso realmente, *Sammy*? ¿lo harías?

—Bajo palabra de honor; al principio no me mostraría muy cruel con él; empezaría por zambullirle en la fuente, poniendo la tapadera encima, para impedir que se constipara; pero si veía que no conseguía nada por los medios suaves, emplearía otro medio de persuasión.

Mr. Weller lanzó á su hijo una mirada de admiración inexplicable, y estrechándole de nuevo la mano, se alejó revolviendo en su espíritu las numerosas reflexiones que aquel consejo le sugería.

Sam le siguió con la vista hasta la vuelta del camino, y se dirigió en seguida á Londres. Meditó primero en las consecuencias probables de su consejo, y la inverosimilitud que había en que su padre lo pusiera en práctica. Pero ahuyentó toda clase de inquietud de su espíritu, reflexionando que con el tiempo sabría el resultado; es una ventaja que tendrá el lector lo mismo que él.

CAPITULO XXVIII

Un alegre capítulo de Navidad, que contiene la descripción de una boda y algunos otros pensamientos que son en su género tan buenos como el matrimonio, aunque no se sostienen tan religiosamente en este siglo degenerado.

Tan diligentes como abejas y casi tan ligeros como mariposas, los cuatro *pickwickianos* se reunieron en la mañana del 22 de diciembre. La Navidad se acercaba rápidamente con toda su alegre y cordial hospitalidad; el año viejo se preparaba á reunir en torno suyo sus

amigos y á morir dulce y tranquilamente en medio de los festines; era una época de regocijo, y entre los numerosos mortales que participaban de él, no eran los menos notables nuestros cuatro héroes.

Numerosos son los mortales á quien Navidad trae un corto intervalo de alegría y felicidad; ¡cuántas familias dispersas por intereses, por las luchas incesantes de la vida, se reúnen entonces en aquel feliz estado de familiaridad y de amor mútuo, que es origen de tan puras delicias, dulce y pacífica comunión de espíritus, que parece tan incompatible con los azares de la vida, tan por encima de los placeres de este mundo, que las naciones más civilizadas como las más salvajes, hacen de ella la fiesta más gozosa y popular!

Escribimos estas líneas á muchas leguas de los felicísimos sitios donde durante muchos años hemos visto la noche de Navidad, su círculo amistoso y alegre; la mayor parte de los corazones que palpitaban entonces, han cesado de latir; las manos que estrechábamos con amor se han helado; los rostros queridos que nos contemplaban, se han descarnado; las miradas que nos buscaban han perdido su brillo; y sin embargo, la vieja casa, las bromas, las risas, las voces alegres, las circunstancias más insignificantes de aquellas reuniones, se presentan á nuestro espíritu todas las Navidades.

¡Feliz el día que da al viejo las ilusiones de su juventud y que transporta al marino, al viajero apartado á muchos miles de leguas, á los sitios tranquilos de la casa paterna!

Mr. Pickwick y sus amigos acaban de llegar al coche de *Muggleton* cuidadosamente envueltos en sus chalinas y gabanes; las maletas son acomodadas en su sitio, y *Sam* se esfuerza en colocar dentro del arca del coche un inmenso bacalao, cuidadosamente empaquetado en un cesto lleno de paja, donde hay ya media docena de barriles de ostras, pertenecientes, lo mismo que el bacalao, á *Mr. Pickwick*.

La fisonomía de éste revela la mayor satisfacción, mientras él y el cochero se empeñan en empaquetar el bacalao en el arca, aunque el pez era tres veces mayor que el receptáculo.

Una vez empaquetado, *Mr. Pickwick* da un shelling al cochero, suplicándole que beba á su salud un vaso de ponche. El cochero y *Sam* desaparecen por un momento; al volver, el cochero sube á su punto, *Sam* se encarama detrás, los *pickwickianos* se tapan la nariz con sus chalinas y entran en el vehículo; los mozos de la cuadra quitan las mantas á los caballos, el cochero grita «en marcha!» y parten á escape.

Han circulado al través de las calles y han salido por

fin al campo; las ruedas resbalan sobre el terreno duro y helado; al agudo chasquido del látigo, corren velozmente los caballos, llevando tras sí coche, viajeros, bacalao, barriles de ostras y todo lo demás como ligera pluma; han bajado una suave pendiente que encuentran ya en una calzada horizontal de dos millas de largo, tan seca, tan compacta, como un trozo de granito; otro chasquido del látigo, y se lanzan al gran galope, sacudiendo la cabeza y el arnés, bajo la influencia irritante de un rápido movimiento.

Al fin, mientras las ruedas resuenan en el mal empedrado suelo de un pueblo de provincia, la trompeta toca una variaciones; el cochero, deshaciendo el nudo de las riendas, se apresura á soltarlas en el momento en que se detiene; Mr. Pickwick asoma la cabeza y mira á todas partes con curiosidad; el cochero le dice el nombre de aquel pueblo y además le informa de que el día anterior hubo feria allí.

Mr. Pickwick se apresura á transmitir esta noticia á sus compañeros de viaje, lo cual les decide á asomar también la cabeza; Mr. Winkle, que está sentado á la extremidad de la banqueta, con una pierna en el aire, está á punto de caer á la calle en una vuelta que dió el coche para entrar en el mercado, y Mr. Snodgrass, que está junto á él, no ha salido aun de su susto cuando el coche se para en la plaza, donde esperaban ya los caballos de refresco.

El cochero baja de su asiento; los viajeros exteriores también, excepto los que no tienen bastante confianza en sus fuerzas para volver á subir.

El cochero examina cuidadosamente los nuevos caballos. Son enganchados y todo está pronto para partir, excepto los dos caballeros gordos; por lo cual el cochero se impacienta mucho; después el cochero, el zagal, mister Snodgrass, Mr. Winkle y Sam y todos los palafreneros, ponen el grito en el cielo llamando á los viajeros que faltan; una respuesta lejana se oye en el fondo de la plaza. Mr. Pickwick y Mr. Tupman la atraviesan corriendo muy sofocados porque han bebido un vaso de cerveza, y los dedos de Mr. Pickwick están tan fríos, que ha empleado cinco minutos en sacar un shelling con que pagar; el cochero vociferó: «¡al coche, caballero!»

El zagal repite el mismo grito; Mr. Pickwick se encarama por un lado, Mr. Tupman por otro, y helos en marcha; el empedrado cesa, las casas desaparecen y nuestros viajeros se lanzan de nuevo por el gran camino, mientras un aire fino y penetrante baña su rostro y les alegra el corazón.

De este modo transportaba á Mr. Pickwick y á sus

amigos *El Telégrafo* de Muggleton por el camino de Dingley Dell; á las tres de la tarde se apearon todos sanos y salvos á la puerta de *El León Azul*.

Mr. Pickwick estaba seriamente ocupado en vigilar la exhumación del bacalao, cuando sintió que le tiraban suavemente por el faldón de la levita; volviósse y reconoció al paje favorito de Mr. Wardle, mejor conocido por los lectores de esta historia con el nombre de mofetudo.

—¡Ah, ah! — dijo Mr. Pickwick.

—¡Ah, ah! — dijo el mofetudo, mirando amorosamente el bacalao y los barriles de ostras.

Estaba más gordo que nunca.

—Os encuentro muy coloradote, amigo — dijo mister Pickwick.

—He estado durmiendo junto al fuego de la taberna respondió el mofetudo, á quien un cuarto de hora de sueño había puesto del color de los ladrillos; — el amo me ha enviado con el carro para llevar vuestro equipaje á casa; hubiera mandado caballos de silla, pero como hace frío, ha creído que iriais mejor á pie.

—Sí, sí, iremos á pie—replicó precipitadamente mister Pickwick, recordando la célebre cabalgata que había hecho por el mismo camino.

—¡Sam!

—Ayudad al criado de Mr. Wardle á poner el equipaje en el carro y subid en él; nosotros nos marchamos delante.

Al decir esto, y después de haber pagado la cuenta del cochero, Mr. Pickwick tomó el atajo y emprendió la marcha seguido de sus amigos.

Sam, que se encontraba por primera vez frente á frente del joven mofetudo, le miró curiosamente, pero sin decir nada; cuando le hubo mirado bien, empezó á arreglar en el carro todos los paquetes, mientras Joe le miraba en actitud tranquila y parecía tener un inmenso placer en observar con qué actividad hacía Sam aquella operación.

—Vaya — dijo Sam, echando el último saco en el carro, — ya está todo.

—Sí — observó Joe en tono satisfecho; — ya está todo.

—¿Sabéis, querido, que vos podríais haber obtenido el primer premio en el gran concurso?

—Gracias.

—¿Tenéis sobre el corazón algo que os afecta?

—No, no lo creo.

—Creí al miraros que teníais alguna pasión desgraciada.

Joe sacudió la cabeza negativamente.

—Pues bien — continuó Sam, — tanto mejor; ¿queréis beber?

—Me gusta más comer.

—Ya me lo figuré; pero quiero decir si queréis beber un trago que caliente el estómago. Por lo demás, sois muy gordo, y no debéis tener frío.

—Sin embargo, me gusta calentar el estómago cuando el trago es bueno.

—¡Ah, es verdad! pues venid.

Los nuevos amigos se encaminaron á *El Leon Azul*; y el mofetudo se echó al cuerpo un vaso de aguardiente de un solo trago; hazaña que le dió un alto lugar en la opinión de Sam; cuando éste bebió subieron los dos á la carreta.

—¿Sabéis guiar? — preguntó el criado de mister Wardle.

—Un poco.

—Pues ahí tenéis — dijo el gordo, poniendole las riendas en la mano, y mostrándole el camino; — no hay sino seguir siempre adelante, y no podéis equivocaros.

Al decir esto, se arrellanó cómodamente al lado del bacalao, y poniendo un barril de ostras bajo su cabeza á guisa de almohada, se durmió en un instante.

Sam, viendo que el joven hidrópico no daba señales de animación, tomó las riendas y guió el carro á un trote sostenido en dirección á Dingley Dell.

Entretanto, Mr. Pickwick y sus amigos, habiendo restablecido con la marcha una activa circulación en su sistema venoso y arterial, continuaban alegremente su camino. La tierra estaba endurecida; el césped blanqueado por la helada; el aire, frío y seco, era fortificante, y la aproximación del crepúsculo hacía á nuestros viajeros la más agradable perspectiva de las comodidades que en casa de su amigo les esperaban.

Cuando entraron en una vereda que debían atravesar, un ruido confuso de voces llegó á sus oídos, y antes de formar conjeturas sobre quién podría ser, se encontraron en medio de una amable sociedad que esperaba su llegada.

Era el viejo Wardle, que profería ruidosas exclamaciones de entusiasmo, y estaba aun más jovial que de costumbre. A su lado estaba Isabel con su fiel Trundle, Emilia y otras ocho ó diez jóvenes, que habían venido á asistir á las ceremonias matrimoniales del siguiente día, y que se hallaban en la alegre situación de espíritu propia de las jóvenes en semejantes ocasiones. Los campos y los valles repetían en sus ecos las alegres exclamaciones de aquella feliz comparsa.

Las ceremonias de la presentación terminaron bien

pronto; dos minutos después, Mr. Pickwick, tan desbarazado, tan poco serio como si toda su vida hubiera conocido á aquellas damas, bromeaba con las que no querían pasar por encima de la barrera cuando él miraba, ó que teniendo un pie muy lindo, permanecían en pie junto á la balastrada, diciendo que tenían mucho miedo de hacer el más pequeño movimiento. Es digno de notarse que Mr. Snodgrass ofreció á Emilia más asistencia de la que exigían los peligros de la barrera; por último, se observó que una joven de hermosos ojos negros dió algunos gritos cuando Mr. Winkle le ofreció su mano para ayudarla á bajar.

Cuando las dificultades de la barrera fueron vencidas, Mr. Wardle dijo á Mr. Pickwick que venían de examinar el mueblaje de la casa que la joven pareja debía habitar después de la fiesta de Navidad. Al oír esta comunicación, Isabel y Trundle se pusieron tan encarnados como el mofetudo cuando acabó de dormir junto al fuego de la taberna.

Sin embargo, la joven de los ojos negros murmuró no sé qué cosas al oído de Emilia, mirando maliciosamente á Mr. Snodgrass. Emilia le respondió: «¿estás loca!» pero se puso muy colorada á pesar de todo; y Mr. Snodgrass, que era tan modesto como suelen serlo los grandes hombres, sintió también que se le encendía el rostro, y deseó ardientemente que la susodicha joven de los ojos negros fuese transportada al otro extremo de Inglaterra.

Si los pickwickianos fueron cordialmente recibidos fuera de la casa, figuraos cómo los recibirían en la quinta; los criados hacían muecas de satisfacción al ver á Mr. Pickwick, y la doncella dirigió á Mr. Tupman una mirada de gratitud, mitad modesta, mitad imprudente, y tan provocativa, que hubiera decidido á la estatua de Bonaparte, que estaba en el vestíbulo, á abrir los brazos y estrecharla contra su pecho.

La vieja lady estaba sentada en la sala con su majestad acostumbrada; pero estaba de muy mal humor, y por consiguiente, enteramente sorda; no salía nunca, y como otras muchas damas de la misma clase, cuando otras hacían lo que ella no podía hacer, le parecía un crimen de alta traición doméstica. Así es que se mantenía erguida en su sillón en una actitud tan severa como le era posible.

—¡Mamá! — dijo Mr. Wardle, — he aquí á Mr. Pickwick; ¿os acordáis?

—Bien, bien — replicó la vieja con dignidad; — no molestéis á Mr. Pickwick por una vieja criatura como yo; nadie se cuida de mí, y es muy natural.

—Vamos, señora, no rechacéis á un antiguo conoci-

do — dijo Mr. Pickwick; — he venido expresamente á tener un buen rato de conversaci3n con vos; despu3s enseñaremos á estos ni3os á bailar un minuet.

La vieja dama se suavizaba r3pidamente, pero no gustaba de ceder pronto, y se content3 con decir:

— ¡Ah! no oigo nada.

— Vamos, mamá ¡qu3 niñer3a! — dijo Mr. Wardle; — no teng3is tan mal humor; pensad en Isabel, ¡pobre niña! es preciso que la anim3is.

La buena dama oy3 esto, pero la edad tiene sus peque3as dolencias mentales, y ella no estaba aun apaciguada; empez3 á deshacer los pliegues de su traje, y dijo á Mr. Pickwick:

— ¡Ah! Mr. Pickwick, ¡los j3venes eran muy distintos en mi tiempo!

— Sin duda, se3ora; y por eso me gusta la gente de otros tiempos.

Al decir esto, nuestro excelente amigo atrajo dulcemente á Isabel, y la hizo sentar en un taburete á los pies de su abuela. Entonces, sea que la expresi3n de aquel rostro juvenil le trajese á la memoria recuerdos de otros d3as, sea que le conmoviera la benevolencia de Mr. Pickwick, lo cierto es que la vieja se suaviz3 por completo. Ech3 los brazos al cuello de Isabel, y todo su mal humor se disip3 en l3grimas silenciosas.

La noche fu3 feliz; el whist que Mr. Pickwick y la vieja jugaron juntos, fu3 grave y solemne; pero la alegr3a de la mesa redonda fu3 ruidosa. Mucho despu3s de haberse retirado las damas, el vino caliente, bien sazonado con especias, circul3 con mucha frecuencia. El sue3o que produjo fu3 profundo, y sus visiones agradables; es un hecho notable que los sue3os de Mr. Snodgrass se refer3an constantemente á Emilia Wardle, y la principal figura de las visiones de Mr. Winkle fu3 la joven de los ojos negros.

Mr. Pickwick se despert3 muy temprano por un ruido de voces y pasos capaz de quitar el sue3o al mismo monfletudo; se incorpor3 en su lecho asustado; los criados y las j3venes corrian por todos lados, y hab3a tantas peticiones de agua caliente, de agujas con hilo, tantos «¡Oh, venid á abrocharme el vestido!» «¡estar3is muy bien!» que Mr. Pickwick, en su inocencia, crey3 que pasaba algo espantoso. Sin embargo, sus ideas se aclararon, y record3 que era d3a de boda; la ocasi3n era importante, se visti3 con particular cuidado, y baj3 al comedor para almorzar.

Todas las criadas de la casa, vestidas con un uniforme de muselina, corrian de un lado para otro en un estado de agitaci3n indescriptible; la vieja ten3a puesto un traje de brocado, que despu3s de veinte a3os no ha-

b3a visto la luz, excepto cuando alg3n rayo vagabundo se hab3a deslizado al trav3s de las hendiduras del cofre en que hab3a estado encerrado; Mr. Trundle resplandec3a de satisfacci3n, pero se observaba que sus nervios no estaban muy s3lidos; en cuanto al cordial anfitri3n, se esforzaba en aparecer tranquilo y de buen humor.

Excepto dos 3 tres favoritas que hab3an permanecido arriba, honradas con la contemplaci3n particular de la novia, todas las doncellas de la casa estaban lacrimosas y con trajes de muselina.

Los pickwickianos se hab3an puesto tambi3n el traje apropiado á las circunstancias; en fin, se o3an en el jard3n y ante la puerta terribles exclamaciones de j3bilo, proferidas por los mozos y dependientes de la hacienda, y de la casa, que llevaban todos una escarapela blanca en el ojal. Sam dirigi3 aquella manifestaci3n, porque se hac3a ya muy popular entre aquella gente y se encontraba all3 tan á sus anchas, como si hubiera nacido en las tierras de Mr. Wardle.

Una boda es un motivo privilegiado de bromas, y sin embargo, no hay nada de broma en el asunto; hablamos simplemente de la ceremonia, y suplicamos que no se nos crea capaces de ning3n sarcasmo sobre la vida matrimonial; á los placeres, á las esperanzas que da el matrimonio, se a3ade el pesar de dejar la casa, la familia, de abandonar los tiernos amigos de la mejor 3poca de nuestra existencia; pero bastante se ha hablado de estas cosas; no queremos entristecer nuestro cap3tulo con la descripci3n de aquellos sentimientos naturales, y tememos que nos resulte sin querer rid3cula esa descripci3n.

Diremos, pues, brevemente que la boda fu3 celebrada por el viejo eclesi3stico, en la iglesia parroquial de Dingley Dell; que el nombre de Mr. Pickwick, escrito en el registro, se conserva aun en la sacrist3a; que la joven de los ojos negros no puso su firma con mano segura y desembarazada; que la firma de Emilia y la de otra joven eran ilegibles; que las j3venes encontraron la ceremonia mucho menos terrible de lo que imaginaban; y que si la de los ojos negros crey3 conveniente decir á Mr. Winkle que jam3s consentir3a en una cosa tan odiosa, tenemos derecho á creer que se equivocaba. A todo esto podemos a3adir que Mr. Pickwick fu3 el primero que abraz3 á la reci3n casada, y que al mismo tiempo le ech3 al cuello una rica cadena de oro con un reloj del mismo metal, que no hab3an sido vistos antes por los ojos de ning3n mortal, excepto por los del joyero. Por 3ltimo, las campanas de la iglesia sonaron tan alegremente como pudieron, y todos se volvieron para almorzar.

—¿Dónde se ponen los pasteles, joven fumador de opio? — preguntó Sam al mofetudo, ayudando á aquel interesante funcionario á poner sobre la mesa los comestibles que no habían sido arreglados la noche anterior.

Joe indicó el puesto de los pasteles.

—¡Muy bien! — dijo Sam; — poned un ramo de Navidad dentro; el otro plato al lado.

—Sam retrocedió algunos pasos para examinar el aspecto del festín; estaba aun abstraído en tan deliciosa contemplación, cuando la sociedad llegó y se puso á la mesa.

—Wardle — dijo Mr. Pickwick después que se sentaron; — un vaso de vino en honor de este feliz suceso.

—Con mucho gusto, mi viejo amigo — replicó mister Wardle; — Joe, ¡maldito chico! ya está durmiendo.

—No, señor, no duermo — respondió el gordo saliendo de un rincón, donde se ocupaba en devorar un pastel de Navidad.

—Llenad el vaso de Mr. Pickwick.

—Sí, señor.

El mofetudo llenó el vaso de Mr. Pickwick y se retiró después detrás de una silla, donde observaba con una especie de fruición inquieta el juego de los cuchillos y los tenedores, y el tránsito de las comidas de la bandeja al plato y del plato á la boca.

—¡Que Dios os bendiga, mi viejo amigo! — dijo Mr. Pickwick.

—Lo mismo os digo — exclamó Mr. Wardle con afecto.

—Mistress Wardle — dijo Mr. Pickwick, — nosotros, los viejos, debemos beber juntos en honor de este feliz acontecimiento.

La vieja se hallaba en aquel momento en una postura majestuosa, porque estaba sentada al extremo de la mesa en traje de brocado, con Mr. Pickwick á un lado y la recién casada á otro; Mr. Pickwick no habló muy alto, pero la vieja lo oyó y bebió un vaso de vino brindando á su larga vida y á su felicidad; en seguida la buena señora empezó un relato muy detallado de su boda, acompañado de su disertación sobre la moda de los tacones altos, y algunas particularidades de la vida de la encantadora lady Tollinglower, ya difunta. A cada pausa de su narración, la vieja reía de todo corazón, y las jóvenes hacían lo mismo; luego, cuando las jóvenes reían, la vieja volvía á reír con más fuerza, diciendo que siempre su historia había parecido excelente, lo cual hacía reír de nuevo á todos, y ponía á la vieja del mejor humor posible.

El pastel de boda fué cortado en trozos, que circu-

laron por toda la mesa. Las jóvenes guardaron algunos trozos para ponerlos bajo su almohada y soñar con sus futuros esposos, lo cual ocasionó muchos sonrojos y muchas risas.

—Mr. Miller, un brindis — dijo Mr. Pickwick á su antiguo conocido, el caballero de la cabeza piriforme.

—Con gran satisfacción — replicó éste con aire solemne.

—Permitidme brindar — dijo el viejo eclesiástico.

—Y á mí también — dijo su mujer.

—Y á mí también, y á mí también — repitieron en la mesa algunas voces alegres.

Mr. Pickwick, cuyos ojos resplandecían de bondad y regocijo, expresó su satisfacción á cada nueva voz; después, levantándose de repente, dijo:

—¡Señoras y caballeros!

—¡Escuchad, escuchad, escuchad! — exclamó Sam con exaltación.

—Que entren todos los criados — dijo el viejo Wardle, interponiéndose para impedir la reprimenda que Sam iba á recibir de su amo; — dad á cada uno un vaso de vino para que respondan todos al brindis.

Entró el silencio de la reunión, el cuchicheo de las criadas y la reserva de los criados, Mr. Pickwick dijo:

—Señoras y caballeros... no... no diré señoras y caballeros... os llamaré mis amigos, si las damas quieren permitirme esta libertad.

Aquí Mr. Pickwick fué interrumpido por los aplausos frenéticos de las damas, y se oyó declarar á la de los ojos negros que abrazaría de buena gana á aquel Mr. Pickwick. Mr. Winkle preguntó si el abrazo no se podía dar por poderes; pero la joven de los ojos negros contestó que no, acompañando su negativa con una mirada que quería decir: «probadlo».

—Mis queridos amigos — continuó Mr. Pickwick, — voy á proponer un brindis á la salud de los esposos. ¡Que Dios los bendiga! (Lágrimas y aplausos). Mi joven amigo Trundle es un excelente sujeto, y yo sé que su mujer es una muy amable y encantadora joven, bien capaz de transportar á otra esfera la dicha que ha esparcido en torno suyo en la casa paterna, yo quisiera ser joven para casarme con su hermana. (Aplausos). Pero como no lo soy, me creo feliz en encontrarme bastante viejo para ser su padre, á fin de no hacerme sospechoso de ocultar proyectos, si digo que las admiro, que las estimo, que las amo á las dos. (Aplausos y sollozos). El padre de la desposada, nuestro buen amigo aquí presente, es un noble carácter, y yo siento orgullo en conocerle. (Gran alboroto). Es un hombre excelente, independiente, afectuoso, hospitalario, liberal, (Gritos entusiastas). Que su

hija goce de todas las felicidades que él pueda desearle, que encuentre en la contemplación de esa dicha toda la satisfacción de corazón y de espíritu que tanto merece; tales son, yo estoy seguro, los votos de todos nosotros. Bebamos á su salud, deseándoles larga vida y toda clase de prosperidades.

Mr. Pickwick cesó de hablar en medio de una tempestad de aplausos. Los pulmones de los criados, dirigidos por Sam, se distinguían por su activa cooperación; en seguida Mr. Wardle brindó á la salud de Mr. Pickwick, y éste á la de la vieja; Mr. Snodgrass brindó por Mr. Wardle, y éste por Mr. Snodgrass, y todo fué alegría y festejos, hasta que llegó el tiempo de levantarse de la mesa.

Sam mantenía á la servidumbre en un estado de completa hilaridad, y el moftetudo comía y dormía alternativamente.

Prescindiendo de las lágrimas, la comida fué tan afectuosa como el almuerzo, é igualmente ruidosa. En seguida vino el postre, nuevos brindis, después el te, el café, y por último el baile.

En el extremo de una larga sala, adornada con sombríos artesonados, estaban sentados los dos mejores violines y la mejor arpa de Muggleton; las paredes estaban adornadas con viejos candeleros de plata; el fuego chispeaba en la enorme chimenea; voces gozosas, risas alegres resonaban en toda la sala.

Si algo podía añadir interés á aquella agradable ceremonia, era el hecho notable de que Mr. Pickwick apareció sin polainas por la primera vez en su vida, si hemos de creer á sus más íntimos amigos.

—¿Vais á bailar? — le preguntó Mr. Wardle.

—Necesariamente; ¿no veis que estoy vestido para eso? — respondió, haciendo notar con complacencia sus medias de seda y sus escaarpines.

—¡Vos con medias de seda! — exclamó alegremente Mr. Tupman.

—¿Y por qué no, caballero, por qué no? — contestó Mr. Pickwick con calor, volviéndose á su amigo.

—¡Oh! efectivamente; no hay motivo alguno para que no las llevéis.

—Lo supongo, caballero, lo supongo — dijo mister Pickwick.

Mr. Tupman había querido reír; pero notó que era asunto serio; tomó un ademán grave, y confesó que las medias eran muy lindas.

—Ya lo sé — dijo Mr. Pickwick, mirando fijamente á su interlocutor; — creo que no hallaréis nada extraordinario en estas medias, en cuanto á medias.

—¡No, ciertamente, no! — se apresuró á responder

Mr. Tupman.

Se alejó, y Mr. Pickwick recobró la expresión benévola que le era habitual.

—Estamos prontos — dijo Mr. Pickwick, que se había colocado con la vieja al frente del baile, y que había hecho ya tres pasos falsos, en su excesiva impaciencia por comenzar.

—¡Vamos! — exclamó Wardle, — ahora.

De repente sonaron el violín y el arpa, y mister Pickwick partió con los brazos enlazados en los de su pareja, pero fué interrumpido por un aplauso general y por los gritos de: «¡pasad! ¡pasad!»

—¿Qué hay? — preguntó el filósofo, que no volvió á su sitio sino cuando callaron los violines y el arpa, y que no hubiera sido detenido por ningún poder de la tierra, aunque se hubiera incendiado la casa.

—¿Dónde está Arabella Allen? — exclamaron muchas voces.

—¿Y Winkle? — añadió Mr. Tupman.

—¡Aquí estamos! — exclamó Mr. Winkle, saliendo con su amable pareja del hueco de una ventana.

Mientras decía estas palabras hubiera sido difícil decidir cuál de los dos estaba más colorado, si él ó la joven de los ojos negros.

—¡Es muy particular, Mr. Winkle, que no podáis ocupar vuestro sitio! — exclamó Mr. Pickwick irrito.

—No lo encuentro particular — respondió mister Winkle.

—¡Oh! tenéis razón, no es muy extraordinario — dijo Mr. Pickwick, mirando á Arabella con ojos muy expresivos; tenéis razón, no tiene nada de particular.

Ni se pensó más en aquella pequeña aventura, porque los violines y el arpa empezaron á tocar de nuevo. Mr. Pickwick empezó á bailar otra vez, y con las manos cruzadas se pasaba de un extremo á otro de la habitación; las figuras se repiten; los golpes de pies marcan la medida; otra figura, y otra y otra. Jamás se vió un baile tan animado; y al fin, cuando la vieja fué substituída por la mujer del eclesiástico, cuando catorce parejas hicieron la figura, cuando Mr. Pickwick y su nueva pareja se encontraron en la cola del baile, se vió que aquel eminente sabio continuaba bailando y sonriendo con una dulzura angélica, que supera á toda descripción.

Mucho antes de que Mr. Pickwick se cansara de bailar, los recién casados desaparecieron de la escena; hubo en el piso bajo una soberbia cena, y después gran sesión alrededor de la mesa.

Mr. Pickwick se despertó muy tarde al día siguiente;

creyó recordar de una manera confusa que había invitado particular y cordialmente á cuarenta y cinco personas á comer con él en la posada de *El Buitre*, la primera vez que se reunieran en Londres.

El día pasó alegremente, y cuando llegó la noche, Sam preguntó á la doncella Emma:

—Decid, querida; ¿vuestra familia tiene historias en la cocina á estas horas?

—Sí, Mr. Weller — respondió Emma; — en noche de Navidad tiene que ser así; nuestro amo no olvidaría las viejas costumbres por nada del mundo.

—Vuestro amo hace bien; no he visto nunca un caballero tan completo.

—Es verdad — dijo el mofetudo mezclándose en la conversación; — ¿no engorda magníficos puercos?

Mientras el gordo hablaba así, un resplandor de semi-canibal brillaba en sus ojos al recordar los pies de carnero asado.

—¡Ah! ¿al fin despertáis? — dijo Sam.

El gordo mofetudo hizo un signo de afirmación.

—Pues bien, joven boca constricta — le dijo Sam; — si no dormís un poco menos y hacéis un poco más de ejercicio, os profetizo que llegaréis á ser un tipo semejante á aquel caballero que tenía una cola de ratón.

—¿Y qué le pasó á ese caballero? — preguntó Joe con voz más segura.

—Lo que vais á oír: era el hombre más ancho que se ha visto, un verdadero hombre gordo, que no se ha visto los zapatos después de cuarenta años.

—¡Bondad divina! — exclamó Emma.

—Sí señor; si hubieran puesto un modelo de sus propias piernas en la mesa donde comía, no las hubiera conocido; iba á su oficina con una cadena de oro que pendía de su vientre, y un reloj que valía... temo decir demasiado... cuanto un reloj puede valer. — Haréis bien en no llevar ese reloj, le decían sus amigos; os lo robarán. — Bien, dijo; quisiera ver á un ladrón sacar de aquí este reloj, cuando yo no puedo sacarlo; está tan apretado en el bolsillo, que cuando quiero ver la hora, miro el reloj de la tienda del panadero. — Diciendo esto, reía con tan buena gana, que parecía que iba á reventar; sale con su peluca empolvada y un rabo de ratón, y se va al Araud, con su cadena y un enorme reloj que no cabía en el pantalón; no había un ratero en Londres que no hubiera tirado de la cadena; pero la cadena no quería salir; así es que se fatigaban en vano, mientras el gordo se iba riendo á su casa; al fin, un día paseaba tranquilamente, y se le aparece un ratero acompañado de otro de cabeza muy grande. — Vais á probar inmediatamente, dijo, veamos. De repente el ratero se se-

para del de la cabeza grande y se lanza sobre el vientre del gordo con tanta fuerza, que lo hace doblar de dolor, este se pone á gritar, pero el ratero le dice al oído: — Ya está hecho, caballero. Cuando el gordo se levanta se encuentra sin reloj, y desde entonces su digestión ha quedado muy embrollada. Tened mucho cuidado, joven, y haced por no engordar tanto.

Cuando Sam concluyó este cuento moral, que pareció afectar mucho al mofetudo, nuestros tres personajes se dirigieron á la cocina.

Era una pieza donde se encontraba reunida toda la familia, según la costumbre anualmente observada desde tiempo inmemorial por los antecesores de Mr. Wardle; este acababa de colgar con sus propias manos en medio del techo una enorme rama de vizco (1), que dió origen instantáneamente á una deliciosa escena de lucha y confusión; en medio del desorden, Mr. Pickwick, con una galantería que hubiera hecho honor á un descendiente de lady Tollinglower, tomó á la vieja por la mano, la llevó bajo el arbusto místico y la besó con cortesía y decoro; la vieja dama se sometió á aquel acto de política, con la dignidad que convenia á una ceremonia tan importante y seria; pero las jóvenes, como no estaban imbuidas tanto en la supersticiosa veneración de aquella costumbre, ó creían que el beso era más agradable cuanto más costaba conseguirlo, luchaban, gritaban y forcejeaban, corrián por todos lados, amenazaban y reprendían, defendiéndose hasta que los caballeros menos osados parecían renunciar á su empresa, de pronto notaban que era inútil resistir más tiempo, y consentían en ser besadas; Mr. Winkle abrazó á la dama de los ojos negros, Mr. Snodgrass abrazó á Emilia; Sam por su parte, no creyendo necesario ponerse bajo el árbol sagrado, besaba á Emma y á las demás criadas donde quiera que las atrapaba; Mr. Wardle estaba junto á la chimenea, contemplando aquella escena con la más viva satisfacción, mientras el mofetudo devoraba ocultamente un pastel de Navidad.

En fin, los gritos se acabaron, los rostros estaban cubiertos de sudor, los cabellos caían estropeados, y mister Pickwick, después de haber besado á la vieja, permanecía en pie bajo la rama, mirando con fisonomía risueña lo que pasaba en torno suyo; de repente la joven de los ojos negros, después de haber cuchicheado con las otras jóvenes, se lanzó hacia Mr. Pickwick, le echó los brazos al cuello y le besó tiernamente en la mejilla izquierda; en seguida todo el tropel de las jóvenes rodeó al sabio filántropo, y antes de que tuviera tiempo de saber de que se trataba, fué besado por todas ellas.

Era un espectáculo gracioso ver á Mr. Pickwick en el centro del grupo, empujado ya á un lado ya á otro; tirábanle de la nariz y de la barba, quitábanle los anteojos, y ruidosas carcajadas resonaban por todas partes; pero después fué más gracioso aún ver á Mr. Pickwick, cubiertos los ojos con un pañuelo de seda, chocando con las paredes, tropezando y precipitándose por todas partes, realizando en fin todos los misterios de la gallina ciega, hasta el momento en que atrapaba á uno; á su vez se ocupó en evitar la gallina ciega, y lo consiguió con una agilidad y una presteza, que excitaron los aplausos de todos.

Cuando se cansaron de jugar á la gallina ciega, se sentaron todos alrededor de una substanciosa cena.

—Esto, — dijo Mr. Pickwick, — me parece muy bien.

—Es nuestra costumbre invariable, — respondió mister Wardle; — todo el mundo, criados y trabajadores, se sientan en nuestra mesa la víspera de Navidad, como véis; aquí contamos viejas historias, hasta que suena la media noche anunciándonos la fiesta. Trundle, atizad el fuego.

Millares de chispas brillantes resplandecían en los aires, cuando los troncos ardientes fueron removidos y la llama espació en agradable calor, que penetró hasta los últimos rincones de la habitación é iluminó todos los rostros.

—Vamos, — dijo Wardle; — una canción, una canción de Navidad; yo cantaré una, si no hay otra mejor.

—¡Bravo! — exclamó Pickwick.

—Llenad los vasos, — continuó Wardle.

El viejo Wardle entonó con voz fuerte y franca una canción, que fué recibida con calurosos aplausos.

El fuego recibió nuevos troncos y el ponche circuló otra vez.

—¡Cómo nieva! — dijo uno de los criados en voz baja.

—¿Está nevando? — preguntó Wardle.

—Sí señor.

—¿Qué hay? — preguntó la vieja; — ¿ha pasado alguna cosa?

—Nada mamá; dice que está nevando.

—¡Ah! — dijo la vieja; — así nevaba hace muchos años... esperad que recuerde... justamente cinco años antes de la muerte de tu pobre padre. Era la noche de Navidad también, y me acuerdo que él nos contó la historia del viejo Gabriel Grub, á quien se llevaron los duendes.

—¿La historia de quién? — preguntó mister Pickwick.

—De un viejo sacristán que fué llevado por los duendes, según las buenas gentes de este país.

—No se puede dudar; ¿no habéis oído decir desde vuestra infancia que se lo llevaron los duendes, y aun lo dudáis?

—Bien, mamá, — dijo Mr. Wardle; — se lo llevaron, si os empeñáis; se lo llevaron los duendes, Pickwick; esa es toda la historia.

—No, no es esta toda la historia, — continuó Pickwick; — yo quiero saber cómo, cuándo y de qué manera se lo llevaron.

Mr. Wardle sonrió, viendo que todos estaban atentos: bebió á la salud de Mr. Pickwick, y empezó su cuento del modo siguiente:

CAPITULO XXIX

Historia del sacristán que se llevaron los duendes

En una antigua ciudad de este condado vivía hace mucho tiempo un tal Gabriel Grub, que desempeñaba las funciones de sacristán y sepulturero. Porque un hombre sea sacristán y esté rodeado constantemente de emblemas de muerte, no se crea que ha de ser moroso y melancólico. Los empresarios de pompas fúnebres son las personas más alegres del mundo; pero Gabriel Grub no era así; era una especie de viejo buho gruñón, áspero, sin agrado para nadie, á no ser para una botella que llevaba constantemente metida en el bolsillo. Cuando por casualidad los ojos cavernosos del sacristán distinguían un rostro feliz, su mirada tomaba al instante una expresión tal de odio, que no se le podía encontrar sin sentirse contrariado.

Una víspera de Navidad, un poco antes del crepúsculo, Gabriel puso su azada sobre su espalda, encendió su linterna, y se dirigió al cementerio. Había que concluir una fosa para el día siguiente, y sintiéndose un poco indispuerto, esperaba reanimarse un poco trabajando.

Mientras andaba por el estrecho callejón, Gabriel veía brillar al través de todas las ventanas un agradable fuego chispeante; oía las risas y los alegres gritos de los que estaban reunidos en torno al hogar; notaba los pre-